



Crónicas de la
Prehistoria IV

La hechicera



MICHELLE PAVER

Torak se enfrenta a la encrucijada más terrible de su vida: los clanes descubren el tatuaje de Devorador de Almas que lleva en el pecho y lo declaran proscrito. En adelante, vagará solo y cualquiera que lo vea podrá darle caza y matarlo. Así, el malévolo plan urdido por Seshru, la hechicera de los Víboras, tiene éxito: Torak se convierte en un paria, desterrado y despreciado por todos. La única que cree en su inocencia es Renn, que tras una serie de trepidantes peripecias logra encontrarlo. Sin embargo, su aventura no ha hecho más que empezar, pues a Torak lo aguarda una terrible revelación que puede cambiar su amistad con Renn para siempre.

1

La víbora se deslizó por la ribera del río hasta que su estilizada cabeza llegó al agua. Torak se detuvo a unos pasos para dejarla beber.

Le dolían los brazos de llevar la cornamenta de ciervo rojo, de modo que la dejó a un lado y se acuclilló entre los helechos para observar. Las serpientes son sabias y conocen muchos secretos. Quizá aquélla lo ayudara a lidiar con el suyo.

La víbora bebió a sorbitos pausados. Levantó la cabeza y evaluó a Torak, metiendo y sacando la lengua para percibir su olor. Luego se enroscó hábilmente para retroceder y desapareció entre los helechos.

No le había dado ninguna señal.

«Pero no necesitas ninguna señal —se dijo el chico con hastío—. Ya sabes qué tienes que hacer. Díselo sin más. En cuanto vuelvas al campamento, di simplemente: “Renn, Fin-Kedinn, hace dos lunas ocurrió algo. Me sujetaron y me hicieron una marca en el pecho. Y ahora...”».

No. Eso no servía de nada. Imaginaba la cara de Renn. «Soy tu mejor amiga... ¡y has estado mintiéndome dos lunas enteras!».

Apoyó la cabeza entre las manos.

Al cabo de un rato oyó un susurro de hojas, y al alzar la mirada vio un reno en la ribera opuesta. Estaba plantado

sobre tres patas y se rascaba con furia la incipiente cornamenta con una pezuña trasera. El instinto le dijo que Torak no estaba cazando, por lo que siguió rascándose. Las astas le sangraban; el picor debía de ser tan tremendo que el único alivio era conseguir que doliesen.

«Eso debería hacer yo —pensó Torak—. Arrancármelo. Para que me duela. En secreto. Así nadie tendrá que saberlo jamás».

El problema era que, incluso si se atrevía a llevarlo a cabo, de nada serviría. Para librarse del tatuaje, debería realizar el rito apropiado. Se lo había dicho Renn, a quien había acudido con rodeos, utilizando como excusa los tatuajes en zigzag que ella lucía en la muñeca.

—Si no llevas a cabo el rito —le contó su amiga—, las marcas vuelven a aparecer.

—¿Que vuelven a aparecer?! —se horrorizó Torak.

—Por supuesto. No puedes verlas porque quedan en el tuétano, pero siguen estando ahí.

De manera que así acababa todo, a menos que consiguiera que Renn le dijese cómo se hacía el rito sin revelarle por qué necesitaba saberlo.

El reno se sacudió con irritación y se internó trotando en el Bosque, y Torak recogió la cornamenta y emprendió el camino hacia el campamento. Era un hallazgo afortunado, lo bastante grande para que todos en el campamento obtuvieran un trozo, e ideal para elaborar anzuelos y martillos para partir sílex. Fin-Kedinn se alegraría. Torak trató de concentrarse en eso.

No funcionó. Hasta entonces no había comprendido cuánto puede un secreto separarte de los demás. Pensaba en ello constantemente, incluso cuando iba de caza con Renn y Lobo.

Estaban a principios de la Luna del Ascenso del Salmón y un viento cortante del este arrastraba un intenso olor a pescado. Al abrirse paso entre los pinos, las botas de Torak aplastaban esquirlas de corteza de árbol desparramadas

por los pájaros carpinteros. A su izquierda, el Río Verde parloteara tras su largo encierro bajo el hielo, mientras que a su derecha una pared de roca se elevaba hasta Cresta Rota. Tenía marcas aquí y allá, donde los clanes habían arrancado con sus cuchillos la pizarra roja que daba suerte en la caza. Oyó el tintinear de piedra contra piedra. Alguien estaba extrayendo pedazos.

«Ése debería ser yo —pensó—. Debería estar fabricándome un hacha nueva. Debería estar haciendo algo».

—Esto no puede seguir así —dijo en voz alta.

—Tienes razón —contestó una voz—. No puede seguir así.

Estaban agazapados en un saliente a diez pasos sobre él: cuatro chicos y dos chicas que lo miraban con furia. Los del Clan del Jabalí llevaban el cabello hasta los hombros y con flequillo, colmillos colgados al cuello y manto de tieso pellejo. Los del Sauce llevaban tiras de corteza cosidas en espirales a sus jubones y tres hojas negras tatuadas en la frente como un ceño permanente. Todos eran mayores que Torak. Los chicos lucían barbas ralas, y bajo los tatuajes de clan de las chicas, una corta línea roja indicaba que ya habían tenido su primera luna de sangre.

Habían estado extrayendo pizarra: Torak advirtió polvo de piedra en sus pellizas de piel de ciervo. Justo al frente vio una escala de troncos con muescas para afianzar los pies, que habían apoyado contra la pared de roca para subir hasta la cornisa. Pero la pizarra ya no les interesaba.

Torak los miró, confiando en no parecer asustado.

—¿Qué queréis?

Aki, el hijo del líder del Clan del Jabalí, indicó con la cabeza la cornamenta que cargaba.

—Esas astas son mías. Déjalas en el suelo.

—No, no son tuyas —repuso Torak—; las he encontrado yo. —Para recordarles que no estaba indefenso, se ajustó el arco en el hombro y se llevó una mano al cuchillo de pizarra azul, en la cadera.

Aki no se mostró impresionado.

—Son mías.

—Lo que significa que tú las has robado —añadió una chica del Clan del Sauce.

—Si eso fuera verdad —le dijo Torak a Aki—, habrías puesto tu marca en ellas y yo no las habría tocado.

—La puse. En la base. Tú la has borrado.

—Por supuesto que no he hecho eso —replicó con hastío. Entonces vio lo que debería haber visto antes: un borrón de sangre de tierra en la base de cada asta, donde habían dibujado un colmillo de jabalí. Le ardieron las orejas—. No las había visto. Y yo no las he borrado.

—Entonces déjalas en el suelo y lárgate —intervino un chico llamado Raut, que a Torak siempre le había parecido más justo que la mayoría. No como Aki, que andaba buscando pelea.

Torak no tenía ganas de darle ese gusto.

—Muy bien —dijo con firmeza—. He cometido un error. No he reparado en las marcas. Tuyas son.

—¿Piensas que la cosa es tan sencilla? —preguntó Aki.

Torak soltó un suspiro. Se había topado antes con Aki. Un bravucón, no muy seguro de su condición de líder y ansioso por demostrar con los puños que sí lo era.

—Te crees especial porque Fin-Kedinn te acogió, puedes hablar con los lobos y eres un espíritu errante —continuó el Jabalí, con una mueca de desdén. Se rascó el escaso vello de su barbilla, como para asegurarse de que continuaba allí—. La verdad es que sólo vives con los Cuervos porque tu propio clan nunca se ha acercado a ti. Y Fin-Kedinn no confía en ti lo suficiente para hacerte su hijo adoptivo.

Torak apretó los dientes.

Miró alrededor con disimulo. El agua del río estaba demasiado fría para lanzarse a nadar; además, tenían canoas en la ribera. Eso significaba que tampoco podía echar a correr río arriba, ni de vuelta por donde había llegado: se ve-

ría atrapado en el sitio donde el Río Verde confluía con el Palo de Hacha. Y no había ayuda a su alcance. Renn estaba en el campamento de los Cuervos en la ribera norte, a medio día de camino hacia el este; y Lobo se había marchado de caza la noche anterior.

Dejó la cornamenta en el suelo.

—He dicho que podéis quedárosla —dijo, y echó a andar sendero arriba.

—Cobarde —le espetó Aki para provocarlo.

Torak no hizo caso.

Una piedra lo alcanzó en la sien. Se volvió hacia ellos.

—¿Quién es ahora el cobarde? ¿Dónde está la valentía de ser seis contra uno?

Bajo el flequillo, el rostro anguloso de Aki se ensombreció.

—Entonces seamos justos: sólo tú y yo. —Se despojó del jubón, que ocultaba un pecho rollizo cubierto de vello pelirrojo.

Torak se quedó atónito.

—¿Qué pasa? —se burló una chica Jabalí—. ¿Tienes miedo?

—No. —Pero sí lo tenía. Había olvidado la costumbre del Clan del Jabalí de desnudarse de cintura para arriba cuando luchaban. Él no podía hacer eso, o verían la marca.

—Prepárate para luchar —gruñó Aki bajando por la escala.

—No me apetece —contestó Torak.

Otra piedra silbó hacia él. La recogió y la devolvió, y la chica Jabalí soltó un chillido agarrándose una sangrante espinilla.

Aki había llegado casi al pie de la escala, con sus amigos aglomerándose tras él como hormigas tras un rastro de miel.

Tras asir la cornamenta, Torak enganchó un asta en la rama más cercana y se izó para encaramarse al árbol.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó Aki.

«No, no me tenéis», pensó Torak. Había elegido ese árbol porque era el que crecía más cerca de la pared de roca, y se arrastró por la rama hasta el saliente que ellos acababan de abandonar. Estaba recubierto de polvo de cuarzo y piedras de afilar; había un pequeño fuego y un balde de pellejo de alce lleno de sangre de pino, puesto sobre cenizas calientes para mantenerla fluida. Por encima de Torak, la pared era menos escarpada y con suficientes matorrales de enebro para trepar por ella.

Arrojando piedras y agachándose para esquivar las del grupo, corrió hacia la escalerilla y le dio un empujón. No cedió. Estaba sujeta al saliente con tiras de pellejo sin curtir, y no había tiempo para cortarlas. Hizo lo único que podía hacer para impedir que lo persiguieran: tomó el balde y lo vació escalera abajo.

Se oyó un rugido de indignación y Torak soltó el balde, boquiabierto: Aki era más rápido de lo que parecía y casi había alcanzado la cornisa. Sin pretenderlo, Torak acababa de echarle encima sangre de pino caliente.

Bramando como un jabalí herido, Aki se deslizó escalerilla abajo.

Torak se aferró a los matorrales de enebro y ascendió hasta la cresta.

Corrió hacia el nordeste entre los árboles, y los gritos dejaron de oírse. Detestaba huir así. Pero más valía que lo llamaran cobarde que verse descubierto.

Al cabo de un rato la pendiente se tornó más suave, y pudo descender resbalando y abrirse paso de nuevo hasta el río, lejos del sendero de los clanes y siguiendo los utilizados por los lobos, que encontraba casi sin pensar en ello. Una vez llegara al vado, podría cruzarlo y emprender el camino de vuelta hacia el campamento de los Cuervos. Habría problemas, pero tendría a Fin-Kedinn de su parte.

Jadeando dolorosamente, se detuvo en un bosquecillo de sauces junto a la ribera del río. En torno a él, los árboles despertaban aún del largo sueño del invierno. Las abejas

brincaban entre los amentos y una ardilla dormitaba en un retazo de sol con la cola enroscada en una rama. En la orilla, un arrendajo se daba un baño. Nadie andaba por allí. De lo contrario, el Bosque lo habría avisado.

Temblando de alivio, se apoyó contra un árbol.

Se llevó una mano al cuello del jubón y palpó el tatuaje de su esternón. La hechicera de los Víboras siseó en su mente: «Esta marca será como la punta del arpón en la cabeza de la foca. Un solo tirón y te arrastrará consigo, no importa con cuánta fuerza te resistas, porque ahora eres uno de nosotros...».

—Yo no soy uno de vosotros —musitó Torak—. ¡No lo soy!

Pero cuando yacía despierto durante las tormentosas noches de invierno, había sentido que la marca le quemaba la piel. Lo aterrorizaba pensar qué daño podría provocar. Qué daño podría obligarlo a provocar.

En algún lugar hacia el sur, Lobo aulló. Habría cazado una liebre y le cantaba su alegría al Bosque, a su hermano de camada y a cualquiera que estuviese escuchando.

Oír la voz del animal le levantó el ánimo. A Lobo no parecía importarle su tatuaje. Y al Bosque tampoco; lo sabía, pero no lo había echado.

El arrendajo levantó el vuelo esparciendo gotitas y Torak lo siguió con la mirada. Luego se impulsó para apartarse del árbol y echó a correr. Salió del bosquecillo... y Aki apareció repentinamente y le dio un cabezazo en el pecho que lo hizo caer desmadejado.

El chico del Clan del Jabalí estaba casi irreconocible. Unos ojos enrojecidos lo miraban furioso desde una cabeza negra y pegajosa; apestaba a sangre de pino y rabia.

—¡Me has dejado en ridículo! —gritó—. ¡Me has ridiculizado delante de todos!

Torak se puso en pie a duras penas y retrocedió trastabillando.

—¡No lo he hecho a propósito! ¡No sabía que estabas ahí!

—¡Mentiroso! —Aki lanzó un golpe de hacha contra las pantorrillas de Torak.

Éste se apartó de un salto, se movió hacia un lado y le dio una patada en la mano armada. Al chico Jabalí se le cayó el hacha, pero empuñó el cuchillo. Torak desenfundó el suyo, y describieron círculos frente a frente. Con el corazón acelerado, Torak trató de recordar todos los trucos para la lucha que Pa y Fin-Kedinn le habían enseñado.

Sin previo aviso, Aki arremetió con el cuchillo. Calculó mal el tiempo sólo por un latido. Torak le propinó una patada en el estómago y lo golpeó con fuerza en la garganta. Sin aire, el Jabalí cayó agarrándose del jubón del muchacho. Los cordones del cuello se desgarraron... y entonces Aki la vio. La marca en el pecho de Torak.

El tiempo pareció detenerse.

Aki lo soltó y retrocedió dando traspiés.

Las piernas de Torak se negaron a moverse.

La mirada de Aki subió de la marca a la cara de Torak. Bajo la sangre de pino, sus facciones habían palidecido de la impresión. Se recobró con rapidez. Señaló al muchacho con un dedo, directamente entre los ojos. Luego hizo el gesto de cortar de lado con la mano, un gesto que Torak nunca había visto.

Y a continuación se dio la vuelta y echó a correr.

Aki debió de alcanzar su canoa y remar más rápido que un salmón brincando, porque cuando Torak llegó por fin al campamento de los Cuervos a media tarde, el chico Jabalí ya estaba allí. El muchacho lo supo de inmediato por la quietud de los Cuervos cuando entró en el claro.

Los únicos sonidos eran el crujido de los tendederos y el murmullo del río. Thull y su compañera Luta, cuyo refugio compartía Torak, lo miraban como si fuese un extraño. Sólo su hijo Dari, de siete veranos y devoto seguidor del mucha-

cho, corrió a saludarlo. Su padre lo hizo regresar con un gruñido.

Renn salió de un refugio de pellejo de reno, con el cabello rojo oscuro ondeándole y el rostro arrebolado de indignación.

—¡Torak, al fin! ¡Todo es una equivocación! ¡Les he dicho que no es verdad!

Tras ella salieron Aki con su padre, el líder del Clan del Jabalí, y Fin-Kedinn. El líder de los Cuervos tenía el semblante sombrío y se apoyó en su cayado para cruzar el claro, pero, cuando habló, lo hizo con su habitual serenidad.

—He respondido por ti, Torak. Les he dicho que no puede ser cierto.

Qué confianza tenían en él. No lo soportaba.

El líder de los Jabalíes lo miró con furia.

—¿Estás llamando embustero a mi hijo? —Era una versión mayor de Aki: el mismo rostro anguloso y los mismos puños siempre a punto.

—No digo que mienta. Sólo que está equivocado.

El líder torció el gesto.

—Ya te lo he dicho —insistió Fin-Kedinn—, el chico no es ningún Devorador de Almas y puede probarlo. Torak, quítate el jubón.

—¡¿Cómo?! —Renn se giró hacia su tío—. Pero cómo puedes pensar que...

Fin-Kedinn la silenció con una mirada y se dirigió de nuevo a Torak.

—Vamos, rápido, aclaremos esto de una vez.

El muchacho contempló los rostros que lo rodeaban. Esa gente lo había acogido cuando mataron a su padre. Había vivido con ellos casi dos veranos y habían empezado a aceptarlo. Ahora todo eso iba a terminar.

Se quitó lentamente el arco y el carcaj y los dejó en el suelo. Se desanudó el cinturón. Le zumbaban los oídos. Sus dedos pertenecían a otra persona.

Elevó una plegaria al Bosque y se quitó el jubón por la cabeza.

Renn abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

La mano de Fin-Kedinn se tensó sobre el cayado.

—¡Ya os lo decía! —exclamó Aki—. ¡El tridente, ya os lo decía yo! ¡Es un Devorador de Almas!

2



—¿Por qué no me lo habías dicho? —le reprochó Fin-Kedinn con aquel tono que lograba estremecer incluso a hombres adultos.

—Quería hacerlo, pero...

—Pero ¿qué?

Torak agachó la cabeza.

Estaban solos en el claro. El líder del Clan del Jabalí y su hijo se habían marchado a reunir a su gente, y se habían enviado mensajeros a los clanes acampados en las proximidades. Fin-Kedinn, que estaba raspando un pellejo de reno antes de que Aki irrumpiera en el lugar, había vuelto a su tarea: una señal para que los demás continuaran con las suyas y lo dejaran con Torak. Algunos se habían ido de caza, o a pescar río arriba con sus lanzas. No había ni rastro de Renn.

En el campamento de los Cuervos reinaba la calma que precede a la tormenta. Torak vio una canoa de piel de cier-

vo arrimada a la ribera del río; una red de corteza trenzada sobre un matorral de enebro. En torno a él los abedules estaban de un verde brillante, la maleza relucía de anémonas azules, celidonias amarillas y escamas de pez plateadas. Nada revelaba que se hubiera desatado una tempestad sobre su cabeza.

Observó cómo Fin-Kedinn estiraba la piel sobre un tronco y la tensaba. Al líder de los Cuervos le sobresalían las venas en los antebrazos y sus movimientos, habitualmente tan comedidos, eran muy bruscos.

—Si me lo hubieses contado, podríamos haber encontrado una solución.

—Pensé que podría librarme del tatuaje sin que te enteraras. —Torak pensó que estaba encubriendo una mentira con otra.

Fin-Kedinn recogió una costilla de ciervo y empezó a retirar grasa de la piel con ademanes breves y fieros.

—Has traído esa marca del mal a mi clan.

—¡No pretendía hacerlo! ¡Fin-Kedinn, tienes que creerme! ¡Traté de luchar, pero eran demasiados!

El hombre arrojó la espátula a un lado.

—¡Pero fuiste en su busca! ¡Te acercaste demasiado a ellos!

—¡Debía hacerlo! ¡Se habían llevado a Lobo!

—¡Ya, ya, siempre hay una razón! —espetó, y Torak retrocedió ante la fuerza de su rabia—. ¡Eres igual que tu padre! Le advertí que no se uniera a ellos, pero no quiso escucharme. Dijo que tenían buenas intenciones, y siguió llamándolos Sanadores incluso después de que se volvieran malvados. —Se interrumpió—. Al final, eso lo mató. Y también a tu madre.

Torak vio las profundas arrugas a los lados de la boca del líder, el dolor en sus fieros ojos azules. Eso era culpa suya. Había hecho daño a ese hombre al que había llegado a querer.

Fin-Kedinn retomó su tarea. Torak captó el hedor a ciervo muerto y observó la grasa sanguinolenta que rebosaba por el borde de la costilla. Imaginó un cuchillo lacerando su propia carne para librarla del tatuaje de Devorador de Almas.

—Me lo quitaré con un cuchillo —anunció—. Renn dice que existe un rito.

—Que sólo puede realizarse cuando la luna está llena. Estamos en la luna oscura. Te has quedado sin tiempo.

Una ráfaga de viento arrastró el olor de la lluvia, y Torak se estremeció.

—Fin-Kedinn, yo no soy un Devorador de Almas. Lo sabes.

La espátula se quedó inmóvil.

—Pero ¿cómo vas a probarlo? —Lo miró con un pesar que daba incluso más miedo que su ira—. ¿No lo comprendes, Torak? Lo que yo crea no tiene importancia. Es a los demás a quienes debes convencer. Y eso ya no depende de mí. Sólo tu propio clan puede responder por ti.

A Torak lo embargó el desaliento. Él era del Clan del Lobo, pero su padre lo había mantenido apartado de ellos; ni siquiera los había visto nunca. Pocos lo habían hecho. El Clan del Lobo se había sentido profundamente avergonzado cuando su hechicero, el padre de Torak, se convirtió en Devorador de Almas. Desde entonces permanecía oculto, y se había tornado tan misterioso y escurridizo como la criatura que le daba nombre.

Torak se llevó la mano al raído trozo de pelaje de lobo cosido a su jubón. Pa lo había preparado para él, y eso lo hacía muy valioso. Además, era su único vínculo con el clan.

—¿Cómo puedo encontrarlos?

—No puedes —repuso Fin-Kedinn—, si ellos no quieren que los encuentres.

—Pero ¿y si no vienen? Si no responden por mí...